

EL ARTE EN LA GUERRA

Por ANDRÉS HOLGUÍN

El arte nace hoy ligado a lo ocasional. El escritor, el novelista, el dramaturgo, están alinderados por lo circunstancial, por lo anecdótico, por los fenómenos inmediatos. Nace un arte regido por el conflicto bélico, y a la sombra de los aviones; arte que quiere reflejar la guerra misma, aproximarse a su zona de confusión y de miseria y resumir el universo, trocado de pronto, que a su contacto se renueva y modifica.

Arte del momento histórico en que vivimos, quiere hallar lo universalmente humano en el fondo de la contienda y fijar sus metas espirituales dentro del reducido ámbito intelectual que la guerra ha puesto en movimiento.

Así, ha surgido, a ras de tierra, como un globo que intentara levantarse sin conseguirlo, un arte de estos dos o tres últimos años, bajo el signo de las batallas. Ha nacido la novela del soldado de hoy, la epopeya del aviador, la dramática historia del submarino; la invasión, la acción de los paracaidistas han pasado a la literatura, a la comedia; al cine, que copia tan fielmente la sensibilidad media de los hombres contemporáneos, presenta un ejemplo sobresaliente del hecho anotado no sólo al trasladar a su arte cuantos temas puede suscitar la guerra mundial, sino al convertir sus telones de magia en cartelones de propaganda, de uno u otro bando. Pero el sello de la actualidad es aún más vigorosa; su viento se expande por todas partes, llenando el ámbito entero, modelándose sobre todo vacío; la contienda europea ha llegado hasta las tablas, y así hemos visto desfilar por los escenarios a los más conocidos personajes del día, a veces idealizados ingenuamente, a veces grotescamente

te rebajados. En poesía ha prendido con menos fuerza la llama del conflicto, recordando tal vez la pronta desaparición de toda poesía marcada por una ideología política. En la novela, en el cuento, lo mismo que en los géneros intermedios, y aun en la música y en la pintura, se ha hecho sentir notablemente el poderío de la guerra, su soplo ciego. El pensamiento de la destrucción, la obsesión de la muerte, el contagio, disuelto en resonancias dispersas, de lo inseguro y de lo transitorio, se ha apoderado de la humanidad, domina por entero al hombre y subyuga el arte.

Este es el fenómeno visible, la tendencia artística general, por una parte. Por otra, numerosos escritores y comentaristas, especialmente americanos, han señalado tal hecho como un índice de humanización del arte, juzgando que al aproximarse el artista a la gran tragedia universal su obra ha de nacer más cercana a la sangre, más vecina del sentimiento, más de acuerdo con los impulsos de la fatalidad y más próxima a la mente angustiada, torturada, del hombre moderno. Tales escritores —no es preciso indicarlos, pues la excepción es rara— rechazan, por contraposición, lo que ellos suponen ser un arte deshumanizado, sin vinculación con la realidad desolada que vive la humanidad, y condenan al escritor, al poeta, al novelista, que no se han dejado arrastrar por el viento guerrero y permanecen al margen de la contienda, creando, en su soledad serena, un arte más puro y quizás más duradero.

Siguiendo este orden de ideas, se ha hecho presión sobre los escritores para que expresen sus simpatías por una u otra causa, que tomen las armas, cada uno la suya, contra el enemigo común, y aun se ha pretendido que todo el arte debe quedar encauzado por los derroteros que, ciegamente, le va trazando el avance histórico.

Sin embargo, el fenómeno no debe engañarnos; es preciso meditar un instante sobre su alcance, sobre su significado histórico.

Es cierto que la guerra ha estremecido violentamente a la humanidad, con un sacudimiento casi geológico, abriendo horizontes de miseria y dolor pocas veces vislumbrados en la historia. Es necesario pensar en Francia humillada, vencida sin luchar, en Polonia martirizada, en toda Europa acosada, desan-

grada, exhausta. Es cierto también que penetrando allí, en algunas de las regiones incendiadas, el artista, el intelectual, podría hallar más de un tema inmortal para su creación. Pero no es menos cierto que esta guerra, como todas las anteriores, tiende a dar nacimiento a un arte impuro, mezclado con pequeñas trabas ideológicas, dirigido por criterios mezquinos, saturado de prejuicios del día que pronto perderán toda vigencia y harán morir, al morir, todo el arte que les dio acogida.

Si el intelectual lograra hoy desligarse ideológicamente del conflicto bélico; si pudiera borrar, a fuerza de poder imaginativo, los diminutos esquemas trazados por la actualidad; si consiguiera en un instante alejar de su mente —y de su sensibilidad— cuantos prejuicios y convencionalismos ha creado la guerra; si pudiera penetrar simplemente en lo que la guerra tiene de humano, cegado voluntariamente al color de las banderas, y, ya desnudo de circunstancias y de tiempo, pudiera llegar hasta su problema fundamental, esencial, tomar el pulso a toda la humanidad deshecha y dispersa y dolorida, tal vez entonces podría dar una creación digna de la época extraordinaria en que vivimos y reflejo verdadero del hombre contemporáneo.

Pero tal situación es absurda, psicológica y sentimentalmente. Si el intelectual se acerca a la guerra, la guerra lo envuelve y lo arrastra. Demasiado próximo al conflicto, queda deslumbrado por los reflejos de las batallas y no puede, nublada la vista por el humo, encontrar al hombre, a su semejante, entre la catástrofe y la ruina; por esto su obra nace ya muerta, impura, a influjo de la necesidad bélica, impregnada de una cualquiera ideología política.

En efecto, la guerra sólo producirá un arte del momento, para nosotros mismos, no un arte permanente. ¿Quién podría sostener que ha perdurado el arte formado, próximo a la guerra, entre 1914 y 1918? Nada ha quedado del arte que surgió en función y con motivo de aquella guerra. Sólo el arte ajeno a la lucha de entonces hoy subsiste y todo cuanto fue propaganda y novela reflejo de su tiempo y poesía de su instante y drama de su momento, duerme ahora justamente olvidado; tales manifestaciones del arte tienen hoy un simple valor histórico, anecdótico de su tiempo, pero jamás podría adivinarse en ellas un real valor estético.

Y otro tanto sucederá, me parece, con todo este arte que hoy surge al amparo de la guerra. El arte no admite impurezas ni amalgamas. O es todo él, desnudo y claro, o no es. En sus comarcas no puede sobrevivir lo inseguro, lo inestable, lo pueril, lo que pasa y desaparece. La mezcla lo descompone. Lo corrompe. Pasado algún tiempo, sólo el arte desinteresado permanece.

La guerra no humaniza, no vigoriza la forma estética. ¿Quién podría decir que el arte, o la vida intelectual, varió más intensamente de 1910 a 1920 que de 1920 a 1930? Una guerra de por medio no afecta la vida espiritual, ni quiebra su trayectoria. Ni impide su avance. Ni afecta su unidad. Vienen, es cierto, cambios en lo político, en lo social, en lo económico, y el arte varía por una parte en cuanto debe modificarse en su propia existencia intemporal, y por otra parte en cuanto depende, mínimamente, de lo social y lo político. Pero hay factores permanentes. Es preciso descubrirlos, llegar a ellos, porque son lo fundamental.

La creación debe participar de la vida del creador, no hay duda posible; pero de su vida integral, fecunda, esencial, no de su vida inútil, no de su existencia periférica. Y para el intelectual lo político es precisamente existencia de roce, vida inútil.

Es preciso realizar un arte intemporal hasta donde ello es posible o, por lo menos, un arte desvinculado de lo que hay en nuestro tiempo de transitorio, unido a lo que tenemos de permanente.

Hay la agonía de la época y la angustia del momento. No las confundamos. El intelectual que las confunda perecerá. Hablo de una agonía de la época en cuanto era de dolor y sangre, de humanidad en tránsito, de hombres desesperados, condenados o perdidos, de razas vencidas y pueblos que se transforman con la rapidez de todo lo moderno. Y hablo de la angustia del momento, de esto que es pasajero, en cuanto deslumbramiento de nuestro propio instante.

No podríamos condenar la angustia, la desesperación, el sentido trágico del intelectual, el grito de Pascal ante los abismos siderales o el del hombre contemporáneo ante el abismo bélico. Condenamos sólo el subordinar aquellas potencias, aquellas energías humanas a hechos menos importantes, menos cen-

trales. Es imperioso exaltar aquellos movimientos elementales del hombre, mediante los cuales se descubre a sí mismo. El mundo lo requiere y allí, en su más plena realidad, está el hombre todo. Pero es preciso condenar su mezcla con lo circunstancial, con el girar político de la época o con cualquiera otra faz, menos esencial que ellos, del mundo contemporáneo.

Eduardo Mallea considera, en su hermosísimo libro "El sayal y la púrpura", que la crisis de hoy veda al intelectual la posición que era determinante de su actividad; el retiro, la soledad en busca de su ensimismamiento. Considera que en la historia del intelecto humano ha habido dos tendencias: la del escritor-espectador y la del escritor-agonista, pero estima que el mundo actual reclama la participación del intelectual en el drama de su tiempo y prevé la desaparición del artista intemporal, del esteta, de lclasicista. Mallea pide al escritor que obtenga su creación mediante la entrega de su sangre. Pide que el intelectual cambie su pensamiento pasivo por el pensamiento activo, que se aleje del "acto cultural" para llegar al acto esencialmente humano, totalmente ético. Mallea pide una moral combatiente, un intelectual que viva en la marea de su tiempo, y que se agite en ella, con corazón e inteligencia, empleando todas sus fuerzas, hasta salvarse o sucumbir.

Nada hay, en efecto, más hermoso y necesario, que esta energía ética. Que el hombre éntre plenamente en su existencia y goce o sufra con una incontenible y total vitalidad propulsora. Pero ésta es una posición del hombre común, no del artista. No busquemos un arte combativo, un arte en lucha, un arte ético, porque el arte no es un producto moral, no es sólo un producto moral.

La misión del intelectual no es, como tal, morir detrás de una trinchera, como muriera heroicamente Charles Péguy, aunque la muerte en tal forma, última voz de su propia conciencia, palabra inexorable según Mallea, tenga mucho de dramático y mucho de sublime. Se salva el hombre, pero perece el artista. Y todo el arte actual perece detrás de una trinchera.

Pero hay algo de ingenuo en esta dramatización de la vida actual. Este ver la actualidad como centro del tiempo humano, como realidad sin igual de todas las épocas. Hay algo de

falso en ello, y es que tal visión proviene de una falta de perspectiva histórica, de falta de medida. El drama de hoy es el mismo de ayer, y nuestras realidades, ásperas o amargas, nuestras torturas o iluminaciones, son también las mismas de ayer, aunque nosotros pensemos lo contrario. No hay razón para creer que hemos vivido la etapa final, definitiva, ni que una guerra nuestra, por ser de nuestro tiempo, trocará la faz del género humano.

Es obvio, por lo demás, que el artista, que el intelectual, refleja su época. Y la refleja de modo fatal, necesario, tanto por el estadio de su temperamento humano, por el alcance de sus conocimientos y la complejidad de sus sensaciones, como porque hay fenómenos externos, ajenos a su voluntad, que se lo imponen. Y porque tal como el hombre es en determinada época ya no volverá a existir jamás.

Pero no reflejemos la época artificialmente, con el propósito y el prejuicio de reflejarla. No la reflejemos en lo que tiene de accesorio, de transitorio. Volvámonos hacia el arte mismo, que la época, por sí misma, se encargará de quedar impresa en nuestra creación.

En el campo del arte busquemos no un hombre activo, moralmente activo. Busquemos un arte activo en sí mismo; no persigamos un arte dinámico en lo social, sino un arte vivificante, surcado de energía vital, renovado y fecundo en su propia esfera estética. Al artista sólo debe importarle el ser, no el devenir, por más dramático que éste sea.

Si el arte se une con el decurso del tiempo, con lo moral, con las realidades en fuga, perece. En cambio, ya lo hemos dicho, subsiste el arte intemporal, antiespacial. Podríamos afirmar, en efecto, con certeza de no errar, que en la historia literaria de los pueblos vivirá más "La Montaña Mágica" que cualquiera de los recientes folletos de Tomás Mann sobre Hitler o la guerra o la persecución; que en los años venideros se leerá con asombro "Viñas de ira" o "La fuerza bruta", pero no "Se ha puesto la luna"; que Maeterlinck pasará a la inmortalidad, no por sus actuales páginas entre filosóficas y anecdóticas sino por sus grandes libros anteriores, cruzados de misterio; que la filosofía de un renacer tomista de Maritain será conocida por sus obras escritas en Francia y no por sus obras del destierro;

que Bernanos resucitará de entre los muertos, pero no por sus páginas ligadas al tiempo, al acaecer político; que Waldo Frank podrá tal vez sobrevivir por su penetración en la naturaleza americana, pero no por sus aproximaciones al espíritu político americanista de hoy; que Benavente pasará a ser uno de los grandes dramaturgos españoles de todos los tiempos, pero no por sus dramas de carácter social; que, pasando a la América latina y al actual momento, Pablo Neruda permanecerá como ejemplo tremendo de su época, como índice de la agonía y angustia de ella, mas no por su "Canto a Stalingrado" sino por cualquiera de sus poemas anteriores.

En momento como el que vivimos es preciso hacer una rotunda e iluminada postulación de fe en el espíritu, en la energía vital creadora. En el espíritu de la humanidad, que rompe lo ocasional, y avanza siempre. En el espíritu del hombre, que es el salvador del mundo perdido. Por él renace el hombre a su nueva y verdadera vida. Por él vivirá y triunfará de nuevo y redificará el mundo levantándolo, a su soplo cálido, sobre las cenizas de otros mundos deshechos y quemados.

El arte, como cualquiera de los valores espirituales permanentes, es más fuerte y más grande que una guerra. Y, muertos los combatientes, vuelve, intacto. Semejante al arca bíblica, el arte asciende, apartándose de las aguas del momento, de la guerra o la desolación o la miseria, y, una vez retiradas sus mareas, vuelve a habitar entre los hombres.

Por ello, sólo creemos hoy en el arte que nace al margen de la guerra universal, porque, aunque parezca paradójico, es preciso que el artista se aleje actualmente de los hombres para hallar lo humano y permanente.

Por otro lado, el arte ha venido purificándose, en un rápido proceso de síntesis y perfeccionamiento, desde fines del siglo pasado; tal tendencia del arte, en un anhelo de desterrar todo elemento extraño y buscar, para reducir su ámbito puro, sus más íntimas esencias, lo ha distanciado del pueblo, de la gran masa amorfa, reduciéndolo a una pequeña minoría rectora en cada país. Tanto ha avanzado en los últimos años este proceso de depuración, que el arte contemporáneo se dirige sólo a los artistas, no al público extraño, y, para bien del arte mismo, sólo el poeta entiende la poesía moderna, sólo el pintor

y el músico abarcan el sentido y la soterrada dirección de la música y la pintura actuales.

Pero la guerra parece romper esta feliz trayectoria, y, empleando el arte para fines menos altos que el arte mismo, surge actualmente un arte para grandes mayorías, apto para la propaganda, para la propagación de determinados cánones políticos; trátase de un retorno hacia el arte popular, en lo que tiene tal vocablo de menos hermoso, de una tendencia que, en una fuga de su propia fuerza interior, de su dignificación y su pureza, hace descender verticalmente toda creación artística.

He aquí otro motivo para considerar que todo el arte bélico de hoy perecerá y que sólo vivirá posteriormente el arte que haya nacido a la orilla de la guerra, en la ribera de la sangre que fluye como río sin márgenes. En un futuro cercano, el hombre no recordará siquiera el arte crecido a la sombra del actual conflicto, como no recordamos hoy, en un plano de belleza, los ensayos de arte localizados en el tiempo y en el espacio, producto de guerras anteriores.

La guerra ha creado un arte el momento, pero —estamos seguros— sus creaciones desaparecerán inmediatamente después de terminado el conflicto, convertidas en cenizas por el mismo relámpago que, en un instante, les prestó su resplandor.

Andrés Holguín

Doctor en Derecho de nuestra Facultad.